

#### 4. Convertirse de acusar al otro

“Señor, ¿quién habitará en tu tienda, quién encontrará descanso en tu monte santo? (...) ‘Aquél que anda sin pecado y practica la justicia; el que habla con sinceridad en su corazón y no engaña con su lengua; el que no le hace mal a su prójimo ni presta oídos a infamias contra su semejante’.” (RB Pról. 23.25-27; Sal 14,1-3).

Desde el Prólogo de la Regla, la primera conversión para abrirnos a la misericordia que san Benito nos pide es la de renunciar a acusar a los demás. Hablé de esto en mi Carta de Pentecostés de este año, pero quisiera profundizar en este tema con vosotros meditando la Regla, porque todo el Nuevo Testamento, como toda la tradición monástica, insisten mucho sobre esto, e insisten como condición para ser salvados, para ser perdonados, para obtener misericordia nosotros mismos, y para llegar a ser de verdad misericordiosos como el Padre.

La acusación del otro es la consecuencia inmediata del pecado original. Ciertamente, primero sucede la vergüenza por la propia desnudez (Gén 3,7), después viene el esconderse de Dios (Gén 3,8), pero el primer pecado después del pecado original fue el de acusar al otro para no tener que asumir la responsabilidad de la propia culpa: “La mujer que me has dado como compañera me dio a comer del árbol y comí” (Gén 3,12). “La serpiente me engañó y comí” (Gén 3,13).

Inocentes o culpables, desde el pecado original en adelante se da en nosotros la tendencia de acusar al otro, de querer ser inocente haciendo recaer la culpa sobre el otro. Jesús ha puesto bien patente esta tendencia en la parábola del fariseo y del publicano que suben al Templo a orar (Lc 18,9-14). San Lucas nos dice también para quién relata Jesús esta parábola: “Entonces, dijo esta parábola por algunos que presumían de ser justos despreciando a los demás” (Lc 18,9). Y las palabras que pone en boca del fariseo ilustran esta presunción: “Oh Dios, te doy gracias porque no soy como los demás hombres, ladrones, injustos, adúlteros, ni tampoco como este publicano. Ayuno dos veces por semana y pago el diezmo de todo lo que poseo” (Lc 18,11-12).

Este fariseo es un concentrado de orgullo y de desprecio. Su orgullo coincide con el desprecio. Su sentimiento de ser justo se alimenta al considerar a todos los demás como injustos. Necesita despreciar a los demás para estimarse a sí mismo. En el fondo, como ocurre con frecuencia, es un hombre que tiene poca estima de sí mismo, sin querer admitirlo, y no encontrando en sí mismo verdaderos motivos para estimarse, debe buscarlos en lo que les falta a los demás, o en lo que él piensa que les falta a los demás. Tampoco necesita a Dios. Le da las gracias por ser diferente de los demás, pero no pide nada a Dios. Le basta con esto, le basta con que Dios sirva para alimentar su orgullo. Sube a orar al Templo, se pone en primera fila, pero no pide nada, no necesita de Dios. No tiene deudas con Dios. Ayuna dos veces por semana, paga el diezmo de lo que posee: todo está en su sitio; a Dios no le debe nada, y tampoco espera nada de Dios. Puesto que Dios le permite ser mejor que los demás, no necesita nada más.

Aquí debemos darnos cuenta de un aspecto muy grave del orgullo que acusa a los demás y no a sí mismo que el mismo orgullo nos impide ver: la idolatría. Este fariseo, el fondo, vive en la idolatría, porque no adora a Dios, sino a sí mismo, el sentimiento orgulloso que tiene de sí mismo. Al sentirse mejor, más justo, más honesto, más puro que los demás,

este hombre se adora a sí mismo, encuentra la plenitud de la felicidad en sí mismo. Y se pone a la vista, se coloca en primera fila, para ser admirado y envidiado por todos, y de esta forma es como si pidiese a los demás que lo adoren también, que participen de la idolatría de sí mismo.

En esta parábola Jesús hace un poco la caricatura de este fariseo, pero lo hace para que cada uno de nosotros se deje provocar por esta imagen grotesca y se examine sinceramente. Porque esta tendencia a adorarnos a nosotros mismos está dentro de cada uno, y con ella la tendencia a despreciar a los demás para poder valer más que ellos. ¿No son quizá los apóstoles de Jesús los que han luchado entre ellos hasta durante la última Cena para saber “quién de ellos era el más grande” (Lc 22,24)? También ellos ante Jesús, que comienza a sufrir por la Pasión inminente, no consiguen controlar esta tendencia malsana a querer valer más que los demás, a estimarse a sí mismos despreciando a los demás.

San Benito es consciente que quien entra en el monasterio, quien pide vivir en comunidad, quien quiere profundizar la relación con Dios, debe hacer cuentas con esta tendencia que el pecado original ha puesto en nosotros, y, por lo tanto, debe prepararse a convertirse en esto más que en las demás tendencias malsanas de nuestro corazón. De aquí que el gran trabajo ascético que propone la Regla sea el de la humildad practicada en comunidad, es decir, de la humildad que mortifica la tendencia a despreciar a los demás para estimarse a uno mismo. No es por casualidad que los grados de humildad culminen, en el duodécimo grado, en el modelo del publicano que, “con los ojos fijos en tierra” (RB 7,65), no hace otra cosa que implorar misericordia: “¡Oh, Dios, ten piedad de mí que soy un pecador!” (Lc 18,13).

San Benito llama a este hombre humilde: “*publicanus ille evangelicus* – aquel publicano evangélico”. Quizá lo llama así primero porque es el Evangelio que habla de él. Pero podemos justamente entender el término literalmente, en el sentido que la figura de este publicano arrepentido y suplicante, que no acusa a nadie, sino solo a sí mismo, y que por esto sale justificado por Dios, es una figura “evangélica”, es decir, encarna una “buena noticia” para nosotros, expresa de manera especial el anuncio de Cristo, es decir, a Cristo mismo, al Verbo de la vida. El fariseo es una figura de muerte, de tristeza. Su orgullo que desprecia a todos no es un “camino de vida” (RB Pról. 20), en el que somos “guiados por el Evangelio” para seguir a Cristo (Pról. 21) hasta habitar en la tienda del Señor (Pról. 22).

En esto san Benito es el heredero de toda la tradición monástica que comienza con los padres del desierto. Para los padres, la acusación de sí mismo en lugar de la de los demás es verdaderamente el camino de la vida, porque es el camino de la misericordia, de la misericordia de Dios para con nosotros y entre nosotros.

Por ejemplo, Abba Poemen decía: “Nosotros y nuestros hermanos somos dos imágenes: cuando el hombre se mira a sí mismo y se ve despreciable, encuentra encomiable a su hermano; pero cuando le parece que es bueno, encuentra que el hermano a su parecer es malo” (Apotegmas, Serie alfabética, Poemen 148)

Por esto, para un hermano que le pide, como se pedía siempre a los Abba: “¿Qué debo hacer?”, Poemen responde citando el Salmo 38: “Está escrito: *Anunciaré mi injusticia y me acordaré de mi pecado*” (Ibidem, 153; Sal 38,19).